

que iluminó a la Europa, han desaparecido: sus grandes tesoros dilapidados se han convertido en una asombrosa deuda, cuyos crecidos intereses la devoran y no la dejan levantar de su lastimosa postración; en su debilidad e ignorancia es el juguete y el ludibrio de las demás naciones, y no le es dado salir de la maligna influencia de Francia ó de Inglaterra, cuando antes les dictara orgullous sus leyes soberanas. Hoy hasta los Moros en la Africa la insultan, y no encuentra ni aun sus antiguos bríos para defenderse. La grande monarquía donde nunca se ponía el sol no cuenta ya con la integridad de su propia península, desmembrada como se vé del Portugal y de Gibraltar, que son dos borrones de eterno baldón: el nuevo mundo que le prodiga sus tesoros, y estaba poblado de Españoles, ó ha sido cedido ó perdido ó vendido á los extranjeros, como la Jamaica, Santo Domingo, la Trinidad, Texas, la Luisiana, la Florida, etc., ó se ha escapado de las manos huyendo su tiranía y opresion como todo el hermoso territorio que poseía en el continente, sosteniendo para impedirlo una lucha encarnizada, temeraria é impolitica, que sembró el odio entre hermanos, padres é hijos, é hizo estremecer de horror la humanidad viendo repetir las barbaridades y mancharse dos veces la historia nacional, por cuyas páginas las generaciones futuras nos calificarán de bárbaros en el siglo XIX.

Circonscribo ahora su poder á la desmembrada península, á los presidios de Africa y las islas de Filipinas, Canarias, Cuba y Puerto Rico las tiene en prensa para sacarles el jugo y satisfacer su insaciable codicia; así, mientras que la Corte disipa en lujo y ostentacion la sangre de los pueblos, estos gimen en la ignorancia, la opresion y la miseria. Diganlo, si no, las poblaciones de la misma península, que sin escuelas, sin caminos ni canales, con una administración torpe y un gobierno militar, apenas pueden sufrir el peso de las contribuciones. Pero contrayéndonos á Cuba y Puerto Rico, los males son mayores: privadas de representación en el Congreso Nacional, comprometidas por la continuacion del tráfico infame y clandestino de esclavos que permite y alienta el gobierno contra los tratados solemnes celebrados con la Gran Bretaña, quien por esta razón las amenaza con un golpe mortal y horrendo, esclavos sus hijos de todas las carreras que conducen á la gloria ó al bienestar, y condenados como siervos al solo trabajo personal, para contribuir con él, no á las necesidades de la Madre

Patria, sino á la sordida avaricia de los mandarinés y al lujo y prostitucion desenfrenados de la Corte, gimen despojladas, sin la cultura de que son susceptibles, sin otro porvenir que el de su proxima destruccion, sufriendo, sin que les sea permitido quejarse, un yugo insostenible tanto para el criollo como para el europeo, quien por solo venir á buscar la vida con su industria en este suelo, se le considera como extraño, y sufre los efectos del despotismo con la misma impasibilidad y degradacion que los hijos del pais; por lo que su causa es común y unidos buscan su bienestar independiente de un gobierno imbécil, opresor y tan avaro que todo le parece poco; para satisfacer sus inmoralidades. Pronto se verán los efectos de causas tan desorganizadoras; que los Españoles no hemos arastrado todos los inconvenientes que trae un viaje á la América para ser unos viles esclavos del estúpido gobierno de la península. Los que habitamos en Cuba y Puerto Rico, no podemos sufrir tanta degradacion, insolencia y peligro, no dejáremos perder la ocasion que se nos presenta de salir de tanta opresion y abatimiento, y de colocarnos en el punto á que aspiran todos los hombres, esto es, ser tratados como tales bajo el imperio de leyes sabias y justas, y no al capricho y veleidad de militares ignorantes, orgullousos é bárbaros.

La hora ha sonado ya para los pueblos débiles y oprimidos, por que otros pueblos mas fuertes han roto sus cadenas, y se aprontan generosos á tender sus manos á los que se encuentran cautivos, como nosotros, y á destruir para siempre en el mundo los gobiernos usurpadores y despoticos. ¿Quién resistirá á esta verdadera Santa Cruzada del siglo 19?; Temblad tiranos, que vuestro poder espira! No puede pasar del año de 30!... La belicosa Francia hará este bien en Europa y ya se apronta á ello: la Gran República de los Estados Unidos lo hará antes á sus hermanas del mundo de Colon: la idea cunde ya y bulle el entusiasmo en el pecho de sus libres hijos; su interes, su seguridad, su engrandecimiento, su dignidad y su gloria los llaman á la grande obra de nuestra redencion: es preciso, indispensable, que se anticipen al golpe de mano que medita la Inglaterra sobre nosotros por que les seria funesto. Pronto, así, pronto, es preciso declarar, ya por que todo está preparado para su bien combinada revolucion que ha de salvarnos, y nadie sino el poder del cielo puede impedirlo; pero el cielo no puede derogar lo mismo que ha decretado: los

indomables hijos de Washington pisarán nuestras playas en el momento en que nuestros valientes formen el núcleo de la revolucion, y vendrán á engrosar nuestras filas: su marina nos guardará las espaldas y nos suministrará los elementos de la guerra: sus sabios generales nos guiarán, en los combates, y su potente artillería nos servirá para desalojar los satélites de nuestros tiranos, de esas guardias en que se creen invulnerables, y desde donde nos oprimen é insultan, creyendo que ha de ser eterna la impunidad.... Preparaos, pues, habitantes de Cuba y Puerto Rico, preparaos, para que no os coja la hora desapercebidos, y podamos contribuir á la grande obra de la salvacion de la patria: sacraos desde ahora á los estudios y ejercicios militares: á los idiomas extranjeros, con especialidad al inglés: estudia la geografia y estadística de ambas Islas, la ciencia económica, la legislacion y el derecho público; examinad el estado del pais, sus recursos, sus necesidades y los medios de elevar la patria común al punto de engrandecimiento y gloria á que la llaman sus destinos; pero sobre todo estudiad la moral y practicada por que ella es todo lo que tienen de bueno las religiones, las leyes y las costumbres de los pueblos. Huid la senda de la politica insidiosa de los Reyes que está fundada en la intriga, en la falsedad, y en el egoismo. La de los pueblos libres debe ser franca, verdadera, noble y en bien común de la especie humana, por que esta debe estar unida con lazos fraternales é indisolubles desde un extremo al otro del mundo, y no dividida como la han tenido el Sacerdocio y los Reyes, para dominarla, oprimirla, esclavizarla, y hacerla combatir y desmembrarse como fieras por sus intereses particulares.

Habitantes de Cuba y Puerto Rico: pronto vais á llenar altas misiones! Vuestro voto por gobierno, engrandecimiento y felicidad va á estar en vuestras manos. Entonces no tendreis papel sellado, no pagareis alcabalas, ni diezmos, ni derechos de consumo, ni por ninguna de vuestras producciones que exporteis: no tendreis otros derechos ó contribuciones que las que vosotros mismos os imponais y sean indispensables para sostener las cargas de ese vuestro propio gobierno: todas las carreras se os abrirán sin limitacion: preparaos, pues, á desempeñarlas con sabiduría, honradez y dignidad: para seros indispensables al estado y el trabajo: congrasos á uno y otro y alcancaos el fruto en vuestro provecho y el de vuestra patria. Mis largos años y mi afanosa vida no me permiten aspirar á

nada; pero mi pecho rebosará de placer al ver que mis hijos han recobrado sus derechos y adquirido la dignidad de hombres. Ah! Entonces podré bajar al sepulcro sin el amargo pesar de haber atravesado el océano y venido á reproducirme en América para ver los amados frutos de los caros y justos amores de mi juventud viviendo en la ignorancia y degradacion, y espuestos en fin al espantoso porvenir de ser victimas ó esclavos de sus propios esclavos, y que los bienes que para ellos acumularon mi industria y mis privaciones, perezcan incendiados por las hordas salvajes (victimas tambien infelices de la codicia) que no nos ha de echar encima la política inglesa, por culpa y por impotencia de nuestro torpe gobierno, si antes no burlamos á tiempo su intento, acogiéndonos todos bajo las protectoras alas del Aguila poderosa de la Union Americana.

UN PENINSULAR-CUBANO.

Correspondencia de la Verdad.

Un amigo de esta redaccion, residente en Charleston, nos comunica la siguiente noticia extractada de una carta que ha recibido de la Habana, y es como sigue:

Habana, 22 de oct. de 1848.

A las once y media de la noche fué invadida la casa de este amigo (Don Cirilo Villaverde) del Barrio de Colon Don Manuel Gonzalez Barredo (insular) asociado de cuatro tenientes el escribano Colon, donde se le inventariaron todos los papeles, libros, documentos particulares y extraños, y puestos en unas cajas, saliendo á las dos y media de las mismas noche con el preso politico, dejando á su familia en la mas triste situacion. Despues de una entrevista que tuvo con el Capitan Gral, el vénto, ha sido confinado en una cárcel é incomunicado, y hasta esta hora no se ha podido averiguar nada mas.

Es el literato Don Cirilo Villaverde profesor público de educacion y hombre varo de ventajosamente en la literatura española y extranjera, autor conocido de varias obras y escritor en los periódicos, y publicaciones literarias: actualmente estaba tambien empleado por los editores del *Furo Español* en una de las ocupaciones mas difíciles de buen desempeño: empero no son estas obras las que mis amigos ni ninguna de las de los demás hombres útiles que quieren escapar algunas luces en este país donde es preciso y como condicion absoluta, que el pensamiento se funda en la ferrea é inquisitorial censura. Es ademas, y sobre todo, de muy apreciable conducta y de buena fama; así, pues, por su dulce carácter, ofender á ningún individuo de la verdadera y buena sociedad habanera. Mucho sentimos que su prision se prolonge pues de una constitucion delicada y de elevado

LAS CONVERSACIONES DE DON JUAN.

CONVERSACION V. Interlocutores.

JOSÉ FELIPE, DON JUAN, DON JAIME, TIO CHANO.

(La conversacion pasa en la trastienda de la taberna de Don Jaime en Matanzas.)

DON JUAN.—Ya que nos hallamos todos aquí, sigamos la conversacion pendiente para acabar de una vez con el asunto de la Loteria.

DON JAIME.—Mucho me alegro. JOSÉ FELIPE.—Pos encomience el señor don Juan.

DON JUAN.—Anecho quedé empucado en probar á Vds. que la Loteria, á mas de los males que habia ya explicado, reúne los de ser una contribucion inhumana, enganosa, y sobre todo perjudicial sima á la industria del pais.

TIO CHANO.—¿Igame usted, señor Juan, qué senifica eso é inhumano?

DON JUAN.—Inhumano es todo aquello que perjudica á los buenos sentimientos, á la honrra de bien, á la virtud del trabajo y la buena conducta de la sociedad, es decir, de los hombres.

JOSÉ FELIPE.—Y qué tiene que vel la Loteria con todas esas cosas?

DON JUAN.—La Loteria, señores, es inhumano por los efectos que produce en las ideas, en la conducta y hasta en la suerte de los infelices que se dejan arrastrar por el vicio de ese juego que, segun he indicado, es peor que el del monte, por que no solo está protegido por el Gobierno, sino que, como dá insensiblemente, es mucho mayor el número de los que se entregan á él.—Figúrese V. que uno de esos hombres que vienen aquí, ó van á cualquiera parte, á comprar billetes, es un padre de familias que tiene una tienda de zapateria, carpintería, ó cualquiera otro ramo, que con su trabajo, su herramienta y sus avios tiene que producir zapatos ó mesas para venderlos y

sostener á la mujer y los hijos. Pues bien: en quince dias consigue ahorrar un par de pesos y corre á comprar un billete del sorteo que se juega. ¿Han calculado Vds. los males que le resultan seguramete á este hombre, y á los que dependen de él, sino tiene la rarissima suerte de sacarse uno de los premios altos? En primer lugar ha espuesto á un riesgo mayor que el que corre una carta en un albar, el ahorro que debería emplear en comprar becerros, suelas, hormas y otras materias ó avios para poder hacer sus zapatos y de mejor calidad, dar crédito: su tienda, procurarse mas caseros y aumentar su capital y ganancias. Está ese el primer mal.

TIO CHANO.—Cate usted que si avel no hubiera yo echado mis once raillines en un billete, hoy hubiera mercaderes pares é pollos que me los daban un baratas, justa pa polca sacár mis dos pesetas é provecho.

DON JUAN.—Va el segundo. Suponiendo que tenga bastante neupio de materiales, y que por lo pronto no necesite de mas; por que no reserva ese pequeño sobrante para en caso de una necesidad de momento, una enfermedad ó cualquiera otra desgracia que me nadie esta libre y mucio menos el pobre?

DON JAIME.—Poco podría remediarse en ese caso con la miseria de diez ó doce reales.

DON JUAN.—Para el pobre todo es mucha, amigo Don Jaime; muchas gotitas de esta hacen un cieno pasacul, un peso hoy y otro mañana.

TIO CHANO.—Son treinta pesos mensuales todos los meses. Y sino, mire usted que resultó á realillo ya ha pagao ya mas de diezientos pesos donde que ando en el comelero é los pullos y las gallinas.

DON JUAN.—Tolvavía hay mas y es lo peor y mas perjudicial para el pobre artesano, para su familia, para la industria y para la moral del pais. Desde el momento en que un zapatero pobre, por ejemplo, compra su billete, dice para sí —, este mes puedo sacarme siete mil pesos: me hago capitalista y no tengo necesidad de trabajar; ponga un establecimiento en grande, con vidrieras, estantes dorados, un mostrador de mármol, treinta ó cua-

renta oficiales que trabajen, y yo no hago mas que cortar y disponer lo que debe hacerse. Tendré muciosimos caseros, de lo mejorcito del pueblo: subo como la espuma en el agua, me hago rico en unos ó tres años, y hasta como un ingeniero ruedo quitrín y me encuentro hecho un señor caballero. Soñando con estas y otras esperanzas, se le cae la lezna de la mano, se olvida de que tolvavía tiene que coser zapatos para vivir y todo el tiempo se le va en hacer castillos en el aire. Si vuelve, por los reclamos de su muger ó de algun buen amigo, á la realidad de lo que es, se encuentra con pocas ganas de trabajar: ya no empuña la lezna, ni aprietta la puntada con aquel ardor con que lo hacia antes, por que á fuerza de esperar en la Loteria ha llegado á persuadirse firmemente de que ha de sacarse el premio grande. De modo que no solamente ha aventurado uno ó dos pesos que perderá probablemente sino que por la desgracia que le entra en el trabajo pierde lo menos la tercera parte del jornal que doliera ganar en los quince dias que dura el juego. Pero, qué sucede al cabo de este tiempo? Llega el día: se juega la lotería: viene la lista: corre desahogado nuestro pobre hombre á confrontar su billete y despues de repasar tres ó cuatro veces el millar de su número recibe el amargo desengano de que no ha salido premiado. Ha perdido su dinero, su tiempo y su amor al trabajo; y no solo es este el mal, sino que en lugar de enmendarse se empuña mas cíegamente aun en correr tras una suerte tan difícil de alcanzar, y no pasando dos horas sin que vuelve á sacrificarse en la Loteria la misma ó mayor cantidad que ha conseguido ahorrar de sus entradas. Hasta sucede muchas veces que, como alimentado con sus esperanzas del sorteo anterior no ha trabajado como debiera, se encuentra quizás sin un medio ahorrado; pero es tal su alucinamiento por la Loteria que cometerá el disparate de tomar dinero prestado para comprar un billete! Sucede, pues, que pierde el artesano en su capital, en sus ganancias, en su trabajo, en sus buenas costumbres. Acabará por desahogarse, corromperse y sumirse é y toda su gente

en la miseria y el vicio. La industria del país pierde un hombre honrado y lamentará la degradacion de una familia.

DON JAIME.—Pero en una de esas que toca el fuerte y se desquita de una vez lo tenía suerte?—Y dígame, empuña que el día que le caiba á uno el premio gold se arregla pa to el resto é su via.

DON JUAN.—Pero ¿qué difícil es eso! ¿Han calcula do Vds. alguna vez sobre los riesgos que corre el jugador en la loteria?

TIO CHANO.—Espíquelo usted, señor Juan.

DON JUAN.—Vamos allá. La Loteria, segun se halla hoy, es un juego de azar en que falla el Gobierno y apuñta el pueblo. En lugar de *alburis* el banquero echa sorteos: cada sorteo tiene treinta y siete mil quinientos de reales ó sean billetes enteros y entre todas estas suertes solo puede haber, oigan Vds bien lo que les voy diciendo, solo hay *descuanta veinte y cinco* suertes premiadas, de modo que siempre han de quedar *treinta y siete mil doscientos sesenta y cinco* billetes perdidos.

JOSÉ FELIPE.—Ave María! qué bien que se pieme mejeague!

DON JAIME.—Pero lo ganun los que salen premiados.

DON JUAN.—Ya llegaremos á eso.—Ahora bien: supóngase V. que en un globo se echan las 37,500, todas ó los morros de los billetes que han de jugarse en el sorteo; y en otro globo los 25 billetes ó números de los premios: en el arte de jugar en la Loteria uno de los empleados saca una bola del globo de los números de los billetes, y otro despues saca otra del globo de los premios.

JOSÉ FELIPE.—Mire eso, hombre! Lo que inventa la gente é la plasma, camará!

DON JUAN.—Supónganos que V. tenga un billete.

DON JUAN.—Iaro está; pero ademas de la de V. hay treinta y siete mil *cuarenta y noventa* y *nueve* bolas más: de modo que cuando el empleado necte la mano sacará mas fácilmente otro número que no el de V.

TIO CHANO.—Pol supuestamente, pol que entre tantísima bolilla.....

caracter moral padecerá mucho su espíritu y su salud en una cárcel española, lugar tan encorradicoion con la civilización y la humanidad, pero tan en armonía con el sistema, los vicios y retrogradacion de los gobiernos europeos y particularmente este de Cuba en cuyo régimen entra como parte constituyente el desarrollar y multiplicar los elementos que mas desorganizan la moral y la armonía de los sentimientos humanos. Luchando contra la perfeccion del hombre y contra las miras del Todo Poderoso!

LAS CONVERSACIONES DE DON JUAN.

En lo adelante insertaremos siempre en la cuarta plana la serie de diálogos que bajo este título publicamos en nuestro periódico, desde el número 19—Aviso á los lectores que se interesen por nuestro Don Juan.

CUBA—ANNEXATION.

The N. Y. Tribune of the 31st ult. contains a letter transmitted to its Editors by A. Spangier, which letter, with its appendages, we here translate for the benefit of our Spanish readers.

The Editors of the Tribune give to the communication of J. M. L. a semi-official importance judging of the apparent confidence with which its origin has inspired them. Its purport is a solemn denial of the assertions of the correspondent of the N. Y. Herald in Madrid, and which letter we translated and inserted in our last number.

We neither had, nor have we yet, the least reason to doubt the truth of what is there promulgated from Madrid, or the genuineness of the letter; much less to suspect that this and others of like character have been contrived, and are mere absurd inventions of speculators and adventurers, designed to have influence in the approaching election of President. We can see nothing in the negotiation respecting Cuba, to which the correspondent of the Herald alludes, absurd or derogatory of the dignity of any one, that the United States should be deterred from making proposals, and Spain to accede to them, should it be esteemed advantageous to the parties. No—on the contrary, in view of the present relations, political and economical of the U. S. Spain and Cuba; in view of the fatal consequences that European measures have produced in the West India states and wealth of the Antilles, and the fact that each day cementa stronger and stronger the mutual interests of the U. S. and Cuba—nothing appears to us so natural, so wise, so

honorable, and so beneficial for all, as the purchase of Cuba, and its annexation to the United States.

The United States apprehend, and with foundation, and are desirous to prevent any occurrence which may interrupt the friendly understanding that has subsisted and still subsists between the Republic and the Spanish Monarchy. This apprehension is that Spain, through the oscillation of its government, by reason of its treaties and its obligations towards other governments of Europe its allies, or through the spirit which for some time past the people of Cuba are exhibiting, may find herself compelled to accede to European demands, destructive to peace and sacrificing the momentous interests of Cuba—a sacrifice which cannot be made without compromising the tranquillity and interest of the Southern States of this Union. And in what way can the same evils that have overwhelmed the neighbouring colonies, and that step by step are inevitably advancing upon Cuba to be warded off seeing that they must involve the United States in a war with Spain, or with other powers because of Cuba? The most natural preventive and that the most wise and honorable, is to acquire Cuba in the mode that Florida was acquired. We purchase whatever we are in need of: Sell us that which you are in danger of losing, because it no longer desires to belong to you, or for the reason that others are intent upon either snatching it from you or destroying it.

Cuba for her part knows the imminent danger of her present position. On whatever side she turns her eyes she beholds the significant record, "the hand writing on the wall," which proclaims the destiny that Europe is preparing for her; and recoiling with dismay, sends forth her agonising shrieks, her call for help and protection, that from the mouth of a weak and enervated people, passes unheeded, and that only the U. S. can hear and relieve. Nothing, then, so natural as to manifest their desire of annexation, and to link their destiny to a government from which they can derive sovereignty, liberty, equality, fraternity, the guarantee of her present interest, and the prospect of a splendid future, and blessings inculcable as a member of the Great Confederation.

Be it known, then, to the Government of Spain, by means of the only organ, "La Verdad," which the Cubans possess and cannot be prevented from using to

express their sentiments and aspirations, that their confidence in the former is long since destroyed, because the measures with respect to Cuba are not such as can inspire affection or confidence in the bosoms of any people civilized, and of Spanish origin, who know their rights and hold their honor dear.

Because the natives of Cuba have seen a King of Spain, subscribe for a sum of money the Treaty of 1820, respecting the introduction of Africans, compromising thus the weighty interests of that island, so long as Spain remains the absolute owner of Cuba, and the ally of other European nations, whose interests are the opposite of those of the people of Cuba, making them desirous to bring down Cuba to the same level, or, in other words, to cast her into the same abyss that they have cast their own Colonies, their own children.

Because the Cubans know that the same King of Spain bargained Florida, for a recompense of gold, whilst its inhabitants, without the least voice in the matter of the transfer, were as much Spaniards as are the Cubans.

Because the Cubans are not ignorant that the same King of Spain conspired with Lewis the XVIII to deliver them to France as a recompense for the favor received from the latter in assisting him to overthrow the Spanish liberty and establish despotism and the political inquisition of Spain—which transfer both England and the United States effectually opposed.

Because the Cubans suffered the humiliating expulsion of their legitimate representatives in the National Congress, the degradation of their nationality and lineage, whilst at the same time a government thus styled itself free and enlightened acknowledged the sovereignty of the Spanish Nation in its political Constitution.

Because the Cubans have heard of negotiations between a Constitutional Minister of Spain (Mendizábal) and England for the transfer of Cuba to the latter which arriving to the knowledge of the American Plenipotentiary (Mr. Eaton) was frustrated by his energetic protest addressed to the contracting parties declaring before the world thus the U. S. would never consent to the alienation of transfer of Cuba to any European power.

Because the Cubans are firmly convinced that the liberal government of Spain, like the absolute government of Ferdinand the VIIIth, tolerates and secretly encourages the scandalous traffic

of slaves, and the introduction of African savages in Cuba as a means to secure dominion, without pausing to consider how much it compromises decorum, nor the interest or lives of the inhabitants of Cuba, who, whilst they see themselves condemned to exist trembling in their habitations, know not at what moment England and France may release themselves from their temporary difficulties and exact from Spain the fulfillment of her treaties, and the conformity to the philanthropic measures of civilized Europe.

In fine, because the Cubans, claiming the rights of a people equally civilized and improved as that of the Peninsula, cannot consent to live subject to the SPECIAL CODE that Spain has simplified and rendered to the following declaration of Rights and Obligations:—

RIGHTS.—Absolute authority and unlimited powers in those who govern.

OBLIGATIONS.—Passive obedience and silence on the part of the governed.

Be it known, then, to the government of Spain, that the Cubans see, in the dependence of their country, all that is unjust, oppressive and dangerous to their welfare, present and future; and that in manifesting their desires of annexation to the American confederacy, they do so, impelled by natural laws, and for self-preservation, in view of the manifest decree of Providence, who has placed Cubans in America, and in America people who are charged with the mission of liberty, morality, civilisation and progress to all American nations. Cuba thus constituted, and forced by her geographical position and relations to be an integral part of America, and to adopt American institutions in her political organisation, addresses herself to the magnanimity of the Spanish nation, not to ask the right to be sold, but rather the right to govern herself as a sovereign people, and to join her political existence to one who is able to pilot her through the path that nature marked out for her, which will likewise conduct her to such an elevation of grandeur, prosperity and civilisation, as she has a right to aim at, giving to Spain just and equitable indemnification, and remaining ever her good daughter, her best friend, and the most affectionate sister of all those communities in whose veins flows Spanish blood.

The mode to obtain this is the same that nations have ever employed.—France, for instance, and Spain likewise, before this period, with respect to the United States. And these examples

DON JAIME.—Sí, pero hay 235 premios....

DON JUAN.—Eso no prueba otra cosa sino que en los doscientos treinta y cinco albuques que juega cada número, el mas favorable es el ultimo porque entonces tiene doscientos treinta y cuatro bolas contrarias de ménos en el globo donde está, pero no por eso deja de tener treinta y siete mil doscientas sesenta y cinco bolas diferentes a la suya, es decir, 37,260 probabilidades contrarias a ella. Vean Vds. ahora si es fácil sacarse la Lotería.

José FELIPE.—Pues, camará, alguna yo refisicion he caído en la cuenta de que es veldá lo que icia el señol don Juan con respecto á que la Lotería es piol que el juego del monte.

DON JAIME.—Vaya, vaya! José FELIPE.—No, compa, don Jaime: tenga usted el honor de escucharme un momentico polque yo tambien quico metel mi cuclachara y en esto que voy á espical soy pa maestro. Resulta que en el juego del monte, sin naita de baraja e pega, sino ali á la buena fe, eogen y le echan á un arbul, y hasta se va puma sus cuatro viros á la sota contra el caballo: "que me viro" y el tallaoz prepincia á correl el juego. La baraja tiene cuatro sotas y cuatro caballos: paltio parejo y naita mas. Es querel decil que su sota de V. tiene tres caballos en contra y tres sotas á favor. La mesma ventaja pa uno que pa otro, y no se topa uno con esos eneros de tantisimos celemies e bolitas contra una sola. ¿Qué le parece á usted, camará? Me esplico bien?

Don JAIME.—Ha! ya vamos estruyéndonos. Voste ha jablao lo mesmo que el disonario, compae Felipeillo.

DON JAIME.—Y; porqué no añade V. que tambien es parejo el partido porque si caza V. cuatro pesos no le pagan mas que cuatro, y si es á la puerta le sisan una cuarta parte. En la Lotería pues, si sacare con un real fuerte, mas de novecientos treinta y siete pesos, es decir, siete mil quinientas veces el real que jugó.

DON JUAN.—Y siete mil quinientas veces jugará V. á la Lotería, amigo Don

Jaime sin sacarse un cuartillo, como se vé todos los dias....

José FELIPE.—Y dígallo!

DON JUAN.—Ademas el banquero del juego del monte puede ser desbanquero, y hay tanta posibilidad de que los jugadores se lleven su dinero como de que él se quede con el de los jugadores. Pero en la banca del Gobierno, es decir, en la enguansa Loteria, no hay esa compensacion. Alla va la prueba.—Vds. saben que en cada sorteo se juegan 37,500 billetes que el Gobierno vende á cuatro pesos fuertes y que importan todos juntos ciento cincuenta mil duros: de este dinero se reparten en premios de varias cantidades ciento doce mil quinientos pesos de modo que al Gobierno le quedan en cada sorteo treinta y siete mil quinientos pesos libres....

José FELIPE.—Es decil que en cada billete, como si ijéramos, en cua arbul, se jula un peso de seguro!

DON JUAN.—Ni mas ni ménos porque los billetes son 37,500. De modo que habiendo diez y ocho sorteos ordinarios al año, el banquero, quiero decir, el Gobierno saca de los jugadores, esto es, del pueblo, la friolera de sesicientos sesenta y cinco mil pesos sin contar con lo que gana en unos sorteos extraordinarios, los cuales, segun documentos del mismo Gobierno en el año de 1846, hacen subir el importe de esta contribucion á setecientos sesenta y un mil pesos.

José FELIPE.—De moe que ajuntando esto con lo otro que el compae don Jaime tinta apuntao tenemos justa ahora....

DON JAIME.—(sacando su cartera y sumando.) Tenemos trece millones, trescientos cincuenta y siete mil, trescientos sesenta y nueve pesos.

To CHANO.—De contribuciones pa seño Gobierno!

DON JUAN.—Faltan otros todavía. Pero concluyamos, ántes de pasar adelante, con la materia de que estamos tratando.

DON JAIME.—Sí, porque tengo que hacerle á V. un reparo. Me parece que ha calculado V. mal la ganancia del Gobierno que no es tanta como V. dice. ¡Porqué le carga V. en su cuenta el importe de los billetes que se quedan sin vender?

DON JUAN.—En eso me inclino á su favor. El Gobierno no es tan tanto que haga mas billetes de los que puede vender: sucederá alguna rara ocasion que se vendan con algunos, pero entonces entra en suerte con ellos, y no está por la primera que el Gobierno se haya sacado buenosa premios.

José FELIPE.—Vaya una juega!

To CHANO.—Y á losotros los están jaciendo bobos. Crea vosté que el que no sabe es lo mesmo que el que no vé, y el que no está jecho á bragas pieldo el pan y pieldo el perro, compae Felipeillo.

DON JUAN.—Hasta ahora he calculado el importe de la contribucion de Loteria por lo que el Gobierno saca de ella; y por todavia es mayor.

DON JAIME.—Cómo?

DON JUAN.—Por los abusos que necesariamente debe introducir una institucion tan inmoral como esa. Empezemos por los empleados de la renta y acabemos por el último revendedor de billetes: todos lucran á costa de los jugadores.—Al segundo dia de abrirse la venta de billetes ya no queda uno en las colectorias: los billetes se han apoderado de ellos de acuerdo sin duda con el empleao, y esigen un exceso de dos reales fuertes en el precio de cada billete de entero. Quiero conceber (que nada es así) que solda sus dos terceras partes de los 37,500 billetes su venta á razon de cuatro pesos dos reales: este exceso de precio importa seis mil doscientos cincuenta pesos que tambien paga el pueblo, y que sirven para mantener á un gran número de revendedores entre los cuales hay muchos que deberian andar, con mas provecho y honra suya y del pueblo, detras de un arado ó con un hacha en la mano. Aquí tienen Vds. otra razon mas para decir que la Loteria es inmoral!

To CHANO.—Y polqué no mandan arrejcel toitoslos revendeoles que pueen trabajar?

DON JUAN.—Así trató de hacerlo el Gobierno por los años 37, ó 38, segun creo, pero suprimidos los revendedores se notó una baja de veinte ó treinta mil pesos en la venta de billetes y el Gobierno

mas útil jugar todos sus albuques que barrer con esa pollita.

José FELIPE.—Y es veldá, camará, que hay hombres de esos mangundoyos que son piores que el comejon.

DON JUAN.—En fin baste por hoy de Lotería y de conversacion porque están al caer las diez y media. Despues de haber hablado tanto sobre esta materia lo único que siento es que habrá producido en desierto y que de nada servirán, ni aun para Vds. mismos, las razones que les he hecho ver en contra de esa maldita institucion. Sin embargo; ¿quieren Vds. hacer una cosa?

Todos Á la vez.—¿Cuál?

DON JUAN.—Don Jaime es un hombre de bien y se le puede fiar cualquier cosa. Vamos á proponerlos bajo palabra que ninguno de nosotros comprara billete en seis meses contados desde hoy. Supongamos que cada uno de nosotros habia de gastar dos pesos cada mes: son doce para cada uno en los seis meses: toce cuarenta y ocho pesos.—Se los entregamos á Don Jaime y nos hacemos cargo de que los jugadores á la Lotería y los perdimos. El empleo en efectos de la tienda y de aquí á un año nos devuelve el capital y las ganancias. Calculadas estas á razon del tres por ciento mensual nos encontráramos entonces cada uno, no solo con nuestro capital, sino con un aumento de él.

Todos.—¿Corriente, corriente.

DON JUAN.—Bien, mañana arreglarémos el asunto y yo creo que el resultado sera sacarnos la lotería sin billete.

José FELIPE.—Y de qué conversamos mañana?

To CHANO.—De las emias contribuciones, no es veldá, señol Juan?

DON JAIME.—Se entiende.

DON JUAN.—Así es; seguiriémos la materia que dejamos á un lado para hablar de ésta. Las diez y media....

José FELIPE.—Y sereno! canta el de la esquina.

DON JUAN.—Buenas noches.
Todos.—Buenas noches.
(Cierra don Jaime despues de retirarse)

present nothing derogatory, nothing which would detract from the dignity of Spain, of Cuba, or of the United States, nor, indeed, of any one else; on the contrary, the motive would be the welfare, the security, the peace and benefit of all. It is not the greater evil for Spain to grant to Cuba her natural rights, receiving a just indemnity; but that Cuba should resolve to obtain them by conquest, and snatch them from the Spanish monarchy without any return. It is not the greater evil that the United States offered to purchase the Island, or, better to say, to purchase the rights of her people, but that in the struggle of the Cubans to redeem themselves from European dependence, the American people, as individuals, might, and most assuredly will, render assistance to Cuba, notwithstanding and in spite of Spain or of Europe.

REVIEW

OF THE EUROPEAN REVOLUTION. ITS ORIGIN, CHARACTER, PROGRESS, STATE MOST PROBABLE RESULT; AND THE INFLUENCE THAT IT MUST HAVE ON THE POLITICS AND FUTURE DESTINIES OF THE ISLAND OF CUBA.

Never has there occurred a greater nor a more extraordinary political event than that which at present agitates Europe. The most enlightened men, and apparently those most familiar with the march and progress of the age, have suddenly found themselves behind the events; and in spite of their efforts, the conclusion of this drama is still for them as uncertain, as strange, and unexpected as was its apparition.

Europe appears in this year as an immense panorama passing along before the public, without giving neither to the eyes nor the mind sufficient time to form an exact idea of the objects. You behold there, the most sublime scenes confounded with the most infamous; the greatest acts of the human mind with the most abominable of the people; you there behold royal crowns rolling down and trampled upon in the dust; the people inviting each other, uniting and obtaining splendid triumphs in the name of a principle established and carried through by public opinion; and, in short, you behold there the first frank and resolute struggle that has ever occurred in modern times between intelligence and brutal force, between power and right; a struggle that is to decide the fate of Nations. And it is in vain to expect a truce, or to stop to examine the events, because he who will undertake it will not be able to comprehend them, or while passing will be left behind by the rapidity of the motion. Europe, half-unchained, marches now with gigantic steps, as if to fill up the "vacuum" of so many years, during which she has laboured under the yoke of superstition, and the power of Kings. Becoming strong and enlightened in peace, she will no longer excite the rage of her tyrants, nor will this be a new reason to oppress her. Encouraged by her strength, supported by her valor, and guided by her faith, she will proceed to the conquest of her rights with a torch in one hand, and a sword in the other; and however protracted and undetermined may be the struggle, her triumph is evident, the sentence is irrevocable.

In the meantime, how are we to follow the course of this phenomenon? How are we to prepare ourselves either to accept or combat its influence? How shall we anticipate what may occur when these countries will have grown older?

To come at the truth, and attain the object, we must retrograde some few paces: let us then start with the origin of the revolution, and descend, following its steps, in order to be able to make up our minds.

There is not in this world a pen, or an artist capable of offering more interesting scenes to the imagination than those presented by Europe in these two last years. Switzerland, the native land of William Tell, was the first to appear on the stage; and the events that took place in that country in 1847, may be regarded as the introduction of the splendid drama of the Revolution, which is at present performing. Then followed Italy, the queen of nations, headed by

the Pope, to constitute the first act in her struggle with Austria; which proceeding, as was to be expected, gained for her the good will and admiration of the enlightened world, who for the first time recognised in Saint Peter's successor, the virtuous man, the wise Pope, the true Father of Christendom, and of his people. "Wonderful and almost miraculous change of human events! The bell of St. Peter's dome sounding the alarm of the Italian independence, suddenly rises the people from their lethargy. The Pope himself lights the torch of Italian liberty. The peaceful man grasps the pinnac, and as soon as he is beheld by the people, they look upon him as their prophet, a low murmur ensues among them, and they all swear to be free, following the inspirations of the Pontiff.

In the meantime France rouses from her slumber: the uproar of Italy reminds her of her past glories, and at the sight of the tyrant who oppresses her, she draws forth that tremendous cry which, in February last, threw headlong from his throne, the most powerful King; shook even the most distant monarchies, and was echoed by the people of Germany, Prussia, Holland, and even by that of England and Ireland, who, one after another, have been convulsed; to form together the second and most interesting act of this terrible drama, the bloody and glorious end of which is only known by few, and not liable to be comprehended by every body.

The natural anxiety produced by this new state of things, and the inevitable necessity the mind feels of submitting to an examination, and of knowing what is going on around him, is the reason why all feel so anxious to assign to the state of Europe a right motive, a rational cause that, explaining to him what has happened, may help him through the darkness of the time to come, and reveal to him the great mystery enclosed in the general agitation and excitement of the people.

It has been said, that the only origin of the Revolution of February, which we will regard as the centre and true performance of the European Revolution, is the bad situation and universal discontent of the labouring classes; and its exclusive object, the Communism, that is to say, the impracticable maxims of St. Simon and Fourier. Others think that it is allowing to certain impolite measures of the extinguished cabinet of Versailles, which when more generous it ought to have shown itself with the people, the more did it persist in making its doctrines prevail, and in giving a new proof of courage and resistance; and few have the idea, that the troubles of Europe are occasioned by a slight alteration in the moral order of things, produced by another physical, of the same character, which as the wind, when the equilibrium is lost, blows at present very hard, to return to its natural state, and pass afterwards without leaving the slightest track of its path.

But these are nothing but fictions and arguments selected either to satisfy the necessities of the mind, to slacken the ardour of some, to appease the suspicions and uneasiness of others, or to raise for some few their fortunes, through a state of things that they do not comprehend, and of principles they openly deny with their own deeds.

The revolution of February has a more noble origin than that of a sudden outbreak, occasioned by the impulse of hunger and strength; a more worthy tendency than that of Communism, and of all those miserable farces expressly invented by the friends of monarchies, to brand the revolution, and check the progress of democracy. That revolution is the natural and "spontaneous" product of civilization—the vital sign of that continent—the divine incarnation of European liberty in the people of France.

The discoverers and foundress of America, who for so many years has nourished herself with her riches, has also had the benefits of her knowledge. Together with the gold and products of America, have those countries also received the seeds of the new system; of that system, the object of which is the greatest amount of happiness with the least of restrictions; and they could no longer show themselves indifferent to

the attainment of those advantages. It is so that the daughter has rewarded the mother; and in the same manner that, some few years ago, all the American countries desired to be European; to-day all European wish to be American, that is republicans.

Consequently, the commotions of France must not be regarded as a solitary commotion; as a commotion compelled to satisfy this or that necessity, but as a universal commotion, a fundamental revolution, destined to re-organize society, and give freedom to the whole European continent.

If otherwise, only behold the steps of the Revolution since the first disturbances of Paris. At the first cry of the people, Louis Philippe wished to abdicate, but it was too late: he was compelled to seek refuge in England, and his throne was reduced to ashes in the Bastille court, at the foot of the very same column raised in commemoration of the exploits that in 1830 exalted him to the throne of France. A second cry came on, and the Duchess of Orleans, with her son, was, in a great hurry, compelled to quit the Chamber, where she had ventured to enter, relying on the popularity she formerly enjoyed, to see if she could still gather the relics of that throne so cherished by her, and which had disappeared before her sight like a cloud vanished by the shock of impetuous winds. A moment after, the people arose with all the majesty of its mighty power, established a Provisional Assembly, and the Republic was proclaimed.

The clamour of this victory made the thrones totter, the Kings grow pale, the people arise, and, for a moment, Liberty appeared as triumphant in all Europe. Unfortunately, the old caste of Royal tyranny had good foundations, and though that shock has made in it great gaps, it still holds on and, needs one more effort.

While that was taking place in France, without the National Assembly met within; and the lack of a genius that should guide her to achieve her destiny, was the cause of the precious blood shed in the streets of Paris that ought to have been shed in the battle fields of Italy, Poland and Ireland, struggling for the noble cause of liberty. These horrid deeds compelled the National Assembly to invest General Cavaignac with the Executive power, and ever since, France has been ruled by the soldier's sword, that is, by the capricious will of a man who, though liberal and enlightened, is still not the man she needs to accomplish her designs.

Fortunately the art of the new Constitution that requires for the Presidential election of the Republic of France the majority of the universal suffrage and not of the National Assembly, enables us to expect that General Cavaignac will not be the next President of this Republic. Besides that the French people are so resolute, their tendencies already so well known, that even in the case the moderate party should momentarily triumph, the expectations of the true friends of liberty would not entirely disappear. France would have to enter into a new struggle, and her sons would then bravely march to the moral conquest of Europe, who, instead of uniting against her, as in 1792, would now open her arms and give her a friendly embrace.

What does the people of Austria, Prussia, Poland, Italy, England and Ireland, and even of Spain, which seems to be hidden between the sea and the mountains that separate her from France, do, but regard incessantly the splendid pharoe that is lighting to them the path they must follow? The commotions of the Chartists, the disturbances of Limerick, of Ballynary and Dublin; the banishments and assassinations committed by the British Parliament; the confusion of Germany; the deep anxiety of the Papal, of Charles Albert, and Ferdinand's States; that late insurrection of Vienna, the uproar of which forced the Emperor to fly with his family; what does all this mean, what does it signify? And what means also that apparent slumber of Spain, when within her Montemolinistas, Isabellinos, and Cristinos, Moderados, Progresistas, and Republicans exist, all mixed together, but that all these countries prepare themselves to follow the noble example of France, and to be pre-

sent of the great banquet of the European liberty that must end the magnificent drama of the revolution?

We must neither deceive ourselves with the expectations of peace, nor fear that Europe may be again chained. Confusion and war will be for some time necessary in that country; and it is a fortune that so it may be, because liberty will be the consequence. The people, aware before of their rights, have now learnt to conquer them. The soldier has at last understood that he constitutes a part of the people, that his interests are with the people, and consequently he has fled to the people's ranks, abandoning those of their King. This is the true conquest of the time, and its effects must be far superior to those of electricity and steam. France will have the glory of having achieved it, and Europe will be indebted to her for the reform.

But it is time to throw a glance upon other quarters of the globe. No great events cannot be solely confined to Europe; their influence must be felt every where, especially in those countries which, like America, are with her in a continual and familiar intercourse.

In fact, America has already felt its influence, and the first consequence of it has been to increase the political importance of the United States, and to reduce the Colonies to a more precarious situation than heretofore. These effects must be felt more and more every day, whether the revolution advance, retreat, or remain as it is. And in the same manner that the Union can never descend from the rank to which she has raised herself, the Colonies must either perish by the hands of the European demagogues, or declare themselves independent, returning to the Continent for which they were originally created.

As for us we consider this as a benefit—we look at it as an act of Divine Providence that summons us to be free. The Colonies have nothing to fear from their metropolis but contamination.—The alliances of Europe exist no more; her armies and fleets will no longer oppress liberty in our seas; and the abyss to which the Antilles run headlong, is a new sign of liberty: the very same hand that agitates Europe will save us from the precipice.

As for the Island of Cuba, the richest and, at the same time, the most critically situated of all Colonies, we conjure its people; we beg them, in the name of civilization, of religion, of their own country, not to allow the horrid sacrifice to be consummated. Let them behold the state of Europe, and the prospect of America, and resolve to be free with only saying we desire to be free, we wish to revolve in the orbit of the new constellation of Washington.

FILLUZEROS.

NOTICIAS DE EUROPA.

A última hora.

VAPOR HIBERNIA.

En Francia el cambio parcial del General Cavaignac es, ó bien preludio de su propia separación, ó bien y más probablemente de alguna convulsión encaminada por el resentimiento de los republicanos rojos.

Se dice que la Dieta tiene una fuerza de 100,000 hombres para defender a Viena, y que en los alrededores les enemigos cuentan con igual fuerza.

A consecuencia de haberse destruido los ferrocarriles en los alrededores de Viena en la extensión de algunas millas, se han interrumpido casi enteramente las comunicaciones entre esta y Berlin. Es demás decir que el pueblo de Berlin espera con ansia el resultado de los acontecimientos porque parecen dispuestos a dar un nuevo ataque a la Corona en Prusia, caso que el partido imperial sufra en estos momentos algún descalabro.

El *Courrier* de Genova del 14, dice: que las noticias de Viena han producido el efecto del rayo en Kadetz y su ejército. Los papeles oficiales de Turin, anaden; que las noticias importantes de Viena han reforzado inmensamente el partido de la guerra y que las hostilidades, se repetirán pronto. En París se ha corrido que Carlos Alberto no tiene intenciones de renovar el armisticio sino de recomenzar las hostilidades el 22.

IMPRENTA DE "LA VERDAD."

Calle de Nassau, n.º 102.